

CLEPSIDRA

I

El mendigo tuerto Ginón llevaba días observando la puerta de cedro sirio que habitualmente se abría todas las noches, desde la puesta de sol hasta que Faetón recorría el firmamento con su carro de caballos de fuego.

Hacía tres noches que la puerta permanecía cerrada y muda, a pesar de que manos callosas, manos suaves, brazos fuertes, brazos débiles, voces temblorosas y voces ajadas habían visitado, aporreado y vociferado ante esa puerta muerta. Eran los clientes habituales a sus horas acostumbradas: Heclitón, el comerciante tracio de sedas, tan ancho como alto y completamente clavo, antes de comer; Tergelio el Joven, hijo del fallecido Tergelión, con su presente habitual, una cesta repleta de frutas granadas y sabrosas, había acudido, más o menos, en la sobremesa; y por la tarde, cuando Selene comenzaba a desemperezarse, el anciano orador Arsitógenes había destrozado sus puños con debilitados pero enérgicos golpes, infructuosos y vacíos.

El anciano había permanecido allí, de pie, golpeando vanamente aquella puerta, mientras Selene refulgía en el cielo nocturno. ¿Dónde estaría Metiké? No era propio de ella faltar de esa manera a sus citas. Todo lo contrario. Su calculada astucia y su frialdad eran conocidas por todos sus clientes. Clepsidra, ése era su sobrenombre. Aquella noche Metiké debía acompañar al orador a un banquete en la casa del arconte Irenístrato. Una velada importante a la que acudirían los ciudadanos más ilustres de Atenas. Una magnífica oportunidad para que la bella Metiké aumentara su cartera de clientes.

El anciano Arsitógenes, amante y benefactor de la joven, sabía que tenía una cita pendiente con el Barquero, un viaje inminente al que no podría faltar. Su cansado corazón llevaba semanas alterado como una familia de golondrinas en desbandada. Demasiado viejo y demasiado sabio para aguantar más inviernos. Sus últimos meses con Metiké le habían convertido en un moribundo feliz, de nuevo feliz como cuando su querida Fíleris seguía con vida. Por ese amor, por esa efímera felicidad, por tantas sensaciones que un viejo como él había experimentado con la joven Metiké, el anciano se había propuesto promocionar a la joven y presentarla en sociedad en la casa de Irenístrato. Buscarle un nuevo benefactor, más joven y poderoso.

Había conocido a esta bella cortesana hacía menos de un año, precisamente cuando ella le había comprado la casa de madera de cedro sirio, cuyas puertas aporreaba; una hermosa vivienda cerca del ágora, que había pagado sin demora ni regateos, con el dinero que su anterior protector, Eutiques el rico, le había regalado antes de morir de extenuación tras una larga noche de cuidados y juegos eróticos.

II

Desde aquel momento, la vida de Metiké comenzó a mejorar y dejó que sus agriados recuerdos se ocultaran para siempre en su memoria. Recuerdos de aquellos años en el burdel “El Cebo”, en aquel nauseabundo callejón del Pireo, años de prostituta sirviendo a hediondos marineros y comerciantes sin fortuna a cambio de dos o tres óbolos. Años dominada por “honestos” proxenetas que pagaban sus impuestos a la polis como obedientes ciudadanos, pero que extorsionaban y vejaban a sus esclavas, incautas y desvalidas. A nadie parecía importarles en aquel universo de armonía y belleza, templos y banquetes, pobreza y mezquindad, que tantas mujeres como ella tuvieran que dejarse violentar por deseos ebrios y miembros erectos.

Años de violencia y de hombres desconocidos, de manos sucias y bocas indeseadas. Pero la esperanza de una nueva vida le llegó cuando conoció a Stesileo, aquel joven y modesto panadero del Barrio del Cerámico, y se enamoró. Sin ser correspondida, pero deseada. El deseo de vivir con dignidad y comenzar pura y segura le ayudó a huir, escapar y comprar su libertad a Timarlo, su proxeneta.. Pero Stesileo, el único hombre al que amó en su vida, sólo podía mantenerla modestamente, así que se asentó por su cuenta en una casa aledaña a la de Stesileo, e intentó llevar una vida digna.

Pero Stesileo se cansó pronto de ella y la sustituyó por una prostituta púber de nombre Baquis, una adolescente oriental de ojos rasgados, pelo negro y lacio, y de apenas trece años, por supuesto mucho más barata de mantener que Metiké.

Se sobrepuso a su primer y único fracaso amoroso, juró no volver a enamorarse y a no dejarse amilanar por ningún hombre. Debía ser independiente y explotar lo único que sabía hacer: vender su hermoso cuerpo al dinero. Su único objetivo: llenar su baúl de minas y poder vivir libre, sin ataduras morales, por encima de las leyes humanas. Se instaló como prostituta independiente y comenzó a forjarse una reputación, además de una lista de clientes considerable.

Durante los primeros meses, ella misma se acicalaba, tal y como su condición exigía, de forma poco discreta. Ligera de ropa, usaba unas sandalias de corcho, en cuyas suelas había hecho grabar unas palabras, “¡Sígueme!”, costumbre frecuente entre las de su oficio, ya que era habitual que las prostitutas se pasearan por las zonas más concurridas y que, al andar, la suela dejara impresa estas palabras y la huella sirviera de guía al potencial cliente hasta la casa de las seductoras ninfas.

Con el tiempo, Metiké se hizo con los servicios de una joven esclava persa llamada Rodopis, que entre otras cosas se encargaba de caminar durante la noche hasta el puerto o los barrios repletos de hombres necesitados, y de servir de reclamo para conseguir nueva clientela. Subió su tarifa a una estátera (cuatro dracmas) por una noche y comenzó a construir su sueño, a costa de mucho trabajo y agallas, mucho esfuerzo y resistencia. Para los clientes habituales estableció un bono de quince dracmas que valía para diez visitas, siempre y cuando las citas fueran en días de labor, y nunca en festivos y días de celebración. Fue entonces cuando algún cliente descontento le puso el sobrenombre de Clepsidra, ya que Metiké acostumbraba a usar este reloj para medir el tiempo que duraba cada encuentro con sus clientes. Cuando la última gota de agua caía de la tinaja y colmaba la cratera inferior, Metiké terminaba su trabajo, fuera cual fuera el estado o situación del cliente. Si éste no había satisfecho aún sus deseos, sólo tenía dos opciones: o pagar un nuevo servicio, si es que Metiké disponía de tiempo adicional, o marcharse a casa, al calor de su esposa, con las ganas reprimidas y la bolsa vacía.

El negocio prosperó. Su fama se extendió por el submundo del placer y comenzaron a llegar los clientes de mayores recursos. Conoció a Eutiques el rico y subió su caché. Se convirtió en concubina de lujo, especializó sus servicios y entró a formar parte de la selecta élite de hetairas atenienses, liderado en aquel momento por la bella y excelsa Friné, hábil cortesana que adiestró a la recién llegada Metiké con sus certeros y bien escogidos consejos, además de ofrecerle su amistad y confianza.

Aprendió mucho en pocos meses y adecuó sus tarifas a su nuevo estatus: de veinte a sesenta minas por noche, cliente y servicio. Siguió utilizando la clepsidra que compró el día que decidió independizarse, sin cambiar su determinación y exactitud con el tiempo.

Friné le enseñó a potenciar sus encantos con trucos y artificios para atraer aun si cabe más a los hombres. Debido a su baja estatura, comenzó a usar suelas de corcho bajo el calzado. Para dar forma a su

trasero, se colocaba polisonas, pero sólo cuando acudía a celebraciones o paseaba por el ágora. Aumentó el uso de afeites y perfumes, que complementaba con un cuidadoso maquillaje facial. Blanqueaba su rostro con blanco albayalde, excepto las mejillas, en las cuales se aplicaba un tinte rosáceo de moras. Su pelo, de color trigo en el pasado, se volvió negro noche azabache, conjuntado perfectamente con las cejas negro de humo. El cabello largo y bien peinado con dientes de hueso y marfil. Cuerpo lavado con arcilla y depilado con y cuchillas. Todo aderezado con los más delicados tejidos, hermosas túnicas y abundantes brazaletes, zarcillos, collares y ajorcas para los tobillos.

Artistas y políticos se convirtieron en asiduos visitantes de la casa de Metiké y en fantásticos contribuyentes que colmaban el cofre que ya estaba a punto de rebosar. Uno de sus últimos clientes, el famoso orador Arsitóganes, además de disfrutar de los placeres carnales, se ofreció para educar y refinar el gusto artístico y literario de la joven cortesana. Le enseñó a amar el arte y la belleza infinita, a disfrutar de la poesía y a dominar ciertas dotes oratorias, con las que adornar su discurso y persuadir a los hombres.

Metiké adoraba al anciano, ya que, aunque le ofrecía su cuerpo para su regocijo varonil, lo consideraba un padre, un maestro, un amigo y un seguro de vida. Le había prometido ayudarla a promocionarse, a conocer gente importante e influyente de la polis. Y de veras lo estaba cumpliendo.



Arsitóganes se despertó sobresaltado, tumbado sobre el umbral de la casa de Metiké. Ya había amanecido y una lluvia torrencial le había empapado por completo. Sólo Ginón el mendigo, que gustaba de pedir limosna en aquel barrio adinerado, le estaba observando a menos de medio metro. El olor a vino y a dientes podridos provocó una mueca de repugnancia en el anciano. Ginón se asustó y corrió a esconderse en su cuba de madera, su casa ambulante, en la cual se refugiaba del sol, la luna, la lluvia, las tormentas y los desprecios de los ciudadanos.

Cuando Arsitóganes se recuperó del desmayo y de la noche en la calle, se acercó al mendigo, con la intuición de que éste le podría informar acerca de la desaparición de Metiké. A cambio de una bolsita repleta de dracmas, el asustado Ginón explicó al orador, detallada y concienzudamente, los acontecimientos que su único ojo había contemplado la última vez que vio a Metiké.

Tres días antes, Metiké había salido temprano de casa junto con Rodopis, con prisa y muy cubiertas con sus mantos. Pasaron toda la mañana fuera y regresaron al almuerzo con unas cestas llenas de telas. Telas de color púrpura y azul aguamarina. Ginón lo recordaba perfectamente, pues, tras muchas semanas de vigilancia, había averiguado que éstos eran los colores preferidos de la cortesana: púrpura, para los artistas y políticos; azul aguamarina, para los comerciantes adinerados y extranjeros ricos.

Arsitóganes estaba sorprendido por la perspicacia y agudeza del mendigo, así que añadió cinco dracmas más a la propina de Ginón. Este regalo soltó más la lengua del tuerto, que incluso se atrevió a hacer suposiciones acerca del paradero de Metiké.

Aquel día no había recibido ninguna visita. Ni entradas ni salidas. Todo muy extraño. Durante la sobremesa, mientras los ciudadanos descansaban de sus almuerzos y purgaban sus cuerpos en los baños, Rodopis salió sola de casa; de nuevo completamente embozada, cabeza y cuerpos cubiertos por capas de tejido. Sólo unos ojos esmeralda hermosísimos eran visibles, pero se escapaban furtivos, escudriñando las calles vacías, con miedo de ser descubiertos durante su observación. Ginón, que conocía a la perfección cada rasgo de Metiké y de Rodopis, se extrañó al ver a la esclava, ya que sus movimientos no eran los habituales, pero...

Arsitóganes notó el tono de duda en la voz del mendigo, pero no supo cómo interpretarlo. Éste ya no pudo añadir más, pues desde aquel momento las puertas de aquella casa habían permanecido cerradas a cal y canto, a pesar de que vendedores, clientes y amistades habían acudido a visitar aquel hogar.

Cuando el orador terminó de escuchar, supo que algo grave sucedía y determinó dar parte a las autoridades. Había que abrir esa vivienda y comenzar la búsqueda de Metiké. Él ya sabía que las autoridades no mostraban mucho interés por estas mujeres y sus actividades, pero, quizás utilizando su influencia, podría lograr esclarecer esta desaparición.

En aquel momento, la tormenta que cubría las calles de Atenas azotó con fuerza la casa de la prostituta y un sonido de cristales rotos como cuchillas gigantes asustó al tuerto Ginón. Provenía de la pared izquierda, la que hacía esquina y tenía las mejores vistas. Una de las ventanas traseras se había abierto con el viento y hecho añicos al momento. Pero ¿y esa ventana? ¿Cuánto tiempo llevaría abierta? ¿Podía haber entrado o salido alguien por allí?

IV

Friné le había pedido ese favor. Serían unas pesadas sesiones, pero suponía un ascenso en su carrera. Por supuesto, había aceptado gustosa, aunque dudaba de que el artista estuviera de acuerdo con que ella posara en lugar de Friné. Metiké se tranquilizó cuando Friné le aseguró que el escultor sabía que otra joven posaría en su lugar y, finalmente, consintió aquel cambio. Todos en Atenas sabían que Praxíteles sentía un amor inmenso, convertido en veneración, por su amante, y que ésta era su Musa, su modelo y su inspiración. Pero Metiké se sentía insegura. No era tan bella, ni tan alta; ni su cuerpo era tan armonioso como el de Friné, Venus mortal. No debía preocuparse. Praxíteles se encargaría de esculpir una estatua tan hermosa como las que había esculpido cuando su amante era su modelo.

Friné había negociado con el artista la paga de Metiké. “Llévate la clepsidra y mide cuántas cráteras llenas cada día. Será un trabajo que dure, seguramente, semanas”. Los primeros días serían los más agotadores. Las sesiones, perpetuas. A medida que pasara el tiempo, Praxíteles no necesitaría que la modelo estuviera siempre presente para ir dando forma a su escultura. Así que sólo debía renunciar a sus clientes habituales durante unos días, una semana a lo sumo. Y después, la gloria. Musa de los artistas. La inmortalidad. Ésos habían sido los sabios consejos de Friné y ella se había ilusionado.

Sería discreta. No quería que sus clientes, sobre todo, los que también eran amigos, se enteraran de su nueva actividad. A ella no le hubiera importado revelarlo a los cuatro vientos, gritar que su nombre se ligaría para siempre a una de las inmortales obras de Praxíteles, pero le estaba haciendo un favor a su amiga. A Friné le correspondía la gloria. Sería su nombre, y no el de Metiké, el que perduraría. Así que tomó todas las medidas oportunas para no ser descubierta. Se vistió con las ropas de Rodopis y cambió su rutina, puesto que a veces era vigilada y perseguida por clientes que se prendaban de ella, y no se conformaban con su tiempo de clepsidra. Así lo hizo. Perfectamente maquillada y aderezada con afeites –quizás con la esperanza de seducir a Praxíteles-, pero completamente cubierta con su manto, salió de casa durante la sobremesa.

V

Intentó no moverse, aunque el hombro derecho le picaba con ardor. Quiso rascarse con disimulo, pero sabía que cualquier variación en su postura distraería al artista. Tampoco podía pedirle un descanso, ya

que acababan de empezar y no formaba parte de la rutina. No le quedó más remedio. Silencio y quietud. Y una comezón que empezaba a enrojecer su terso hombro nacarado.

Praxíteles notó la inquietud de su modelo, pero su brazo no pudo detener el frenético movimiento del buril que agredía con belleza el bloque de mármol. ¡Sería su mejor creación! Una estatua digna del templo de Afrodita. Sólo necesitaba la inspiración de la Musa y la ayuda de los Dioses.

Metiké no aguantó más. Quizás las rosas de Jericó que aquella mañana había utilizado para sus friegas matutinas eran las culpables de esa irritación cutánea, que amenazaba con extenderse por toda la espalda. Se bajó de la peana, se soltó de la columna que la sostenía en aquella postura tan propia del artista, y comenzó a frotarse el hombro con papel de estraza.

El artista tardó varios minutos en percatarse de que su modelo había abandonado su pedestal y había desobedecido sus órdenes. Totalmente enajenado y poseído por la furia, sin soltar el buril, se acercó a Metiké, pero no la vio. Sólo vio a Friné, la mujer a la que tanto amaba, su inspiración, y la apretó contra su cuerpo. Y siguió apretándola durante un largo rato, mientras el agua colmaba la cratera inferior de la clepsidra.

Metiké, asustada, intentó huir. Pero no pudo gritar ni pedir auxilio, ya que su lengua, enmudecida por el ahogamiento, se encontraba aletargada por el dolor. De repente, una punzada más fuerte que el picor y un velo de oscuridad la cegaron por completo.

Dos días después, Praxíteles había finalizado su Afrodita, la escultura que le había encargado la polis. Un rostro perfecto y armonioso; labios carnosos y simétricos; unas ondas en el cabello como las olas en las playas de Pafos; unos senos maduros y granados; una piel delicada y brillante, casi palpitante y caliente. El artista pasó un paño húmedo por el cuerpo de la diosa. Mientras sus manos recorrían por última vez esa belleza que nunca más volvería a ser de nadie, miró hacia atrás y vio el mármol imperfecto y la estatua que no pudo terminar, abandonados en un rincón del taller. Unas lágrimas bañaron la túnica que apenas cubría el cuerpo de la nueva Afrodita. ¡Ella había sido su mejor obra!

Tras varias horas de contemplación, cubrió su obra con una gasa blanca y salió del taller. Tenía que buscar una nueva amante y modelo. Visitaría los lupanares del Pireo.

En la soledad del taller, la nueva estatua de Afrodita reposaba en la serenidad de la eternidad y en el silencio de la impunidad. Sólo una mancha rojiza, apenas visible, latía bajo capas de yeso y cal en el hombro derecho de la estatua.

VI

Friné llevaba días sin tener noticias de Praxíteles. Raras veces pasaba más de dos días sin sus caricias y besos. Él los necesitaba para componer; era su hálito vital, solía decir. Además, sentía curiosidad por saber si la estatua para la que Metiké estaba posando sería más bella que las suyas. Aunque era demasiado hermosa, los años surcaban ya los pliegues de su cuerpo aún joven, y cualquier competencia juvenil le provocaba unos celos terribles.

Le gustaba posar para él, saber que su belleza sería eterna, perenne, admirada por todos y venerada como una diosa. Nunca se cansaba de verlo trabajar en el taller, como un poseso, totalmente absorbido por su arte. Ella ya sabía que bajo ningún concepto podía molestarlo ni distraerlo de su quehacer. Y eso le excitaba tanto..., que frecuentemente terminaban sucios de polvo y besos, revolcados sobre un lecho del taller.

Cuando entró en el taller, el olor le pareció distinto. No a mármol y a piedras viejas, sino a sudor, miedo y muerte. Se preocupó cuando se encontró a Praxíteles tumbado en el suelo, borracho y con una enorme herida abierta en la frente, de la cual brotaba un hilillo de sangre que estaba manchando la hermosa estatua en la que se estaba apoyando.

Le ayudó a recuperar la consciencia y levantarse, pero los ojos de horror del artista al verla la asustaron como nunca antes en su vida. Praxíteles la empujó y salió corriendo del taller, gritando su nombre: “¡Friné, Friné...! ¡No es posible!”

No supo cómo reaccionar. El escultor se había vuelto loco, trastornado por completo. Pero ¿por qué? Cuando se iba a marchar, la bella estatua que estaba a su lado atrajo su atención durante unos segundos. Era la estatua de Afrodita más hermosa que había visto jamás. Se parecía a ella, pero también a Metiké. Era como si Praxíteles hubiera yuxtapuesto de una manera perfecta los rasgos más bellos de ambas hetairas. El cuerpo era delicioso, pequeño pero voluptuoso, curvado y sinuoso, puro deseo e incitación al placer. Una

mueca serena, aunque algo angustiada, en un rostro ovalado enmarcado a la perfección por un cabello sedoso y ondulado como el mar en calma.

Se fijó en la sangre que manchaba el pie de la estatua. Cogió un paño, que humedeció en una cratera que estaba repleta de agua, y limpió las gotas. Frotó con fuerza para sacar brillo al mármol, pero no notó ni la frialdad ni la dureza de éste, sino la gélida piel de un pergamino helado, que poco a poco se iba volviendo de color terracota. ¿Acaso había utilizado Praxíteles algún material diferente? ¿Otra piedra? ¿Piel? Se inquietó al pensar en esa posibilidad, pero decidió marcharse del taller, antes de que el terror le paralizara los miembros y las dudas le revelaran ciertas certezas que estaban empezando a confundir su entendimiento.

En su huida tropezó con la cratera de agua, que, al caer, desparramó todo el líquido elemento en forma de círculo, y formando un riachuelo fluyó hacia la peana donde se encontraba la estatua. Miró hacia atrás espantada y sólo pudo ver la clepsidra hecha añicos, pero no la mancha rojiza que ya palpitaba sin vida. Cerró la puerta y, de nuevo, la oscuridad y la indiferencia abandonaron al alma encerrada en la estatua.

VI I

No sólo en los banquetes del arconte Irenístrato, sino en el ágora y en todas las calles de Atenas, se comentó la desaparición de Metiké. Las autoridades encontraron la vivienda vacía, fría y desangelada. Hacía días que nadie habitaba aquellas estancias. El polvo y las telarañas eran los únicos inquilinos de aquel oasis de lujo olímpico. Y un cofre vacío.

Tras someras pesquisas en los burdeles de la zona portuaria, no fue difícil localizar al eunuco Autrigón, compañero habitual de la hetaira y su sirvienta. Éste llevaba más de una semana fuera del hogar. Metiké se había indispuerto con él porque no cuidaba del mantenimiento de la clepsidra: reponer el agua, comprobar las fugas... Las bailarinas y flautistas que frecuentaban la vivienda de la cortesana en ocasiones especiales, celebraciones y festividades, tampoco pudieron proporcionar más información de la que poseía el orador Arsitóganes y el mendigo Ginón.

Por otra parte, la última persona que había visto a Rodopis era un marinero fenicio, antiguo cliente, apenas hacia dos días, cuando ésta, con una abultada bolsa de viaje tintienante, se embarcaba en un barco

que se dirigía a las costas de Asia Menor. Le acompañaba un hombre de pelo muy negro, piel azabache, ojos como la noche, y con el cuerpo cubierto de tatuajes y cicatrices de un pasado azaroso.

Pero ni rastro de Metiké. Tanto ella como su clepsidra habían desaparecido, como si los dioses se la hubieran llevado consigo. Tras unas semanas de investigación y muchas suposiciones e invenciones de los atenienses, la desaparición de la cortesana quedó sepultada por otras noticias y rumores de mayor trascendencia para la polis, como por ejemplo la presentación en sociedad de la joven y amante del filósofo Anaxímeno, la repentina muerte del viejo orador Arsitóganes y la inauguración de la nueva y hermosa estatua del templo de Afrodita, la última gran obra del excelso Praxíteles.